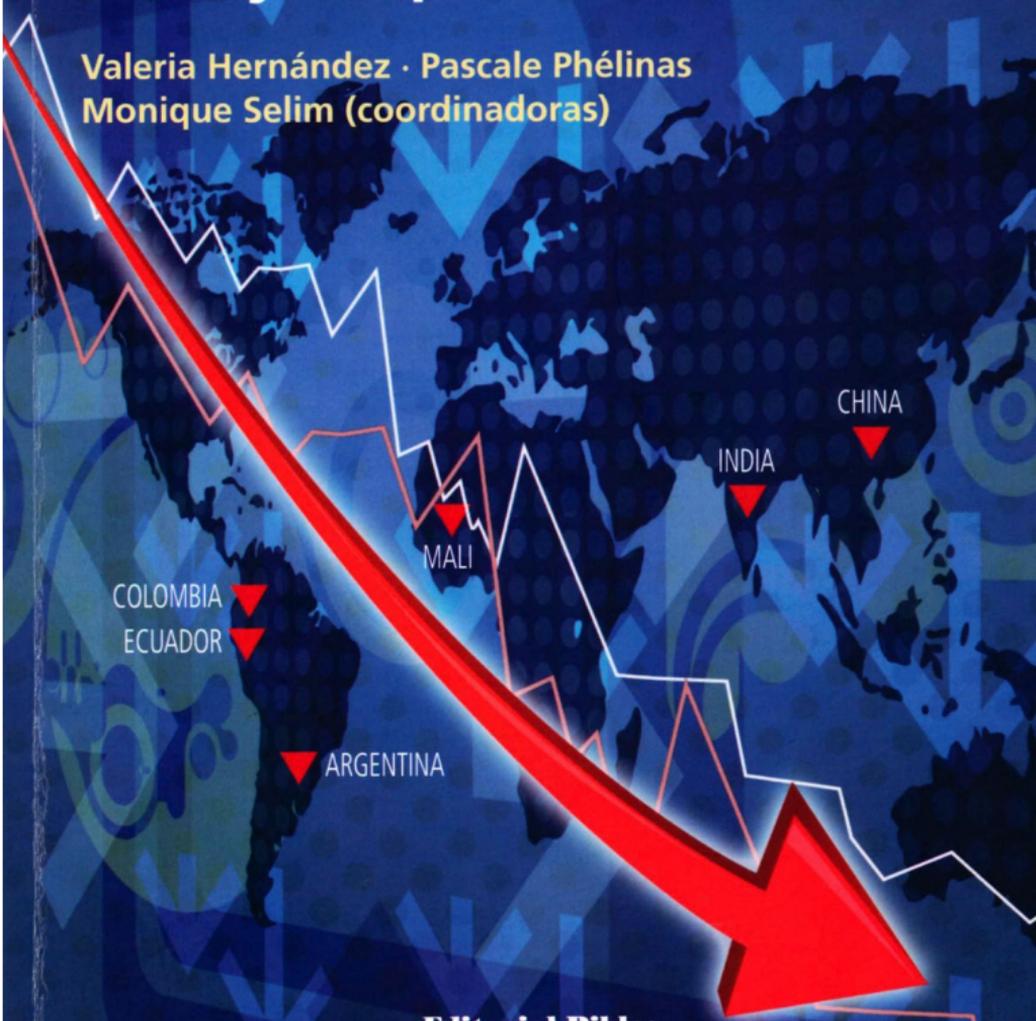


Crisis global, crónicas locales

2008 y después

Valeria Hernández · Pascale Phélinas
Monique Selim (coordinadoras)



Editorial Biblos
Investigaciones y ensayos

Índice

Introducción

Crisis en perspectiva: periferias y centros interrogados por el capitalismo financiero

Valeria Hernández, Pascale Phélinas y Monique Selim 11

La economía contraída por el neoliberalismo

Jean-Michel Servet 17

Crisis internacional y fragilidades del modelo agroexportador local: el *agribusiness made in Argentina**

Valeria Hernández 31

Trabajadores y jóvenes graduados frente a la crisis en Cantón (China)

Bernard Hours y Monique Selim 61

Redefiniciones del Estado nación y de los territorios en Malí en tiempos de crisis: migrantes chinos y poblaciones locales

Françoise Bourdarias 109

Empobrecimiento y exclusión de la producción: la cadena del arroz senegalesa y la mundialización

Patrick Pillon 141

Crisis y pirámides financieras en Colombia y Ecuador: historias de la confianza traicionada

Bernard Castelli 175

Crisis, microfinanza y sobreendeudamiento

Un caso de estudio en el sur de la india

*Isabelle Guérin, Santosh Kumar, Marc Roesch, Mariam Sangare
y Venkatasubramanian* 213

Las microfinanzas en el sur bajo el gran vuelco	
<i>Jean-Michel Servet</i>	243
Los autores	275

INTRODUCCIÓN

CRISIS EN PERSPECTIVA: PERIFERIAS Y CENTROS INTERROGADOS POR EL CAPITALISMO FINANCIERO

Valeria Hernández, Pascale Phélinas y Monique Selim

Este libro nace a partir de una doble constatación: en primer lugar, los análisis científicos y los discursos mediáticos que surgieron a partir de la crisis de 2008 se concentraron predominantemente en Europa y los Estados Unidos, países de la primera industrialización; en segundo lugar, una crisis que se creía controlada (la de 2008), resurge en la actualidad con un vigor inesperado y desestabilizador. En este sentido, la idea de presentar un libro cuyo contenido focalice en los modos específicos en que la crisis de 2008 fue vivida desde contextos y configuraciones periféricas resulta, a la luz de su retorno en 2011, un aporte no sólo original sino también oportuno. El objetivo es, en este sentido, comprender aspectos poco evocados en los argumentos expuestos durante los últimos años respecto de esta (nueva) crisis del capitalismo y su impacto en las realidades locales.

Que el quiebre financiero del 2008 no inaugura una modalidad del capitalismo moderno fue un dato poco recordado durante el periodo de apogeo mediático (septiembre 2008-mayo 2009), cuando los economistas se dedicaron a la economía “real” y la economía “ficticia” por medio de malabares y artificios científicistas rayanos a la metafísica. De hecho, durante los años noventa, una decena de países emergentes en el sudeste de Asia, en Latinoamérica y en Europa del este experimentaron crisis financieras similares. Si bien puede sorprender la comparación entre los Estados Unidos y un conjunto de países emergentes, son varios los caracteres comunes entre estas crisis: opacidad de la esfera financiera, reglas bancarias demasiado laxas que posibilitaron la instauración de relaciones de endeudamiento excesivo, riesgo moral consecuente a las garantías implícitas acordadas a los bancos por parte del Estado y, por último, una política monetaria demasiado conciliadora.

Por otro lado, en la actualidad, dos años después del “plan de salvataje” de la economía-mundo, se verifica nuevamente que el sistema sigue inestable: la crisis que estamos transitando en este nuevo caos financiero, vuelve a poner sobre el tapete el funcionamiento de la economía global. En este

sentido, los millones de dólares que se volcaron al sistema bancario y todos los mecanismos de control y ajuste que se idearon para encarrilar la crisis del capitalismo se verificaron insuficientes. El origen de la crisis financiera que sacudió la totalidad del planeta en 2008 y vuelve a agitarlo en 2011, le debe mucho a la fragilidad producida por la liberalización de los mercados, las innovaciones financieras mal controladas, la integración de las economías y, paradójicamente, también le debe parte de su virulencia a los éxitos de la lucha contra la inflación.

Si bien los países llamados convencionalmente en desarrollo (PED) no contribuyeron a la crisis financiera, ellos resultaron, en muchos casos, ser víctimas importantes de la política económica del mundo industrializado. En efecto, la recesión los castigó duramente a través de diferentes canales de transmisión, tales como la caída de sus ingresos de exportación como consecuencia de la contracción de los intercambios comerciales, la importante disminución de las transferencias de dinero de los migrantes a sus países de origen, o también el freno de las inversiones extranjeras y el repliegue de la ayuda al desarrollo. No sorprende, pues, que las previsiones de crecimiento para los PED sean tan pesimistas. Dado que la gran mayoría de ellos no dispone de medios suficientes para financiar planes de recuperación de su economía, el panorama resulta para muchos desolador. A falta de recursos internos y externos adicionales, estos países son susceptibles de afrontar grandes dificultades a la hora de buscar recuperarse de la recesión global. Además, las dificultades económicas actuales podrían aumentar aún más el peso del pago de la deuda contraída por ellos. En efecto, habida cuenta del retroceso del comercio mundial, numerosos países pobres incurrirían en el riesgo de no disponer de suficientes divisas para reembolsar a sus acreedores. Por otro lado, estos países podrían llegar a contraer nuevas deudas en un futuro próximo (en particular con el FMI y el Banco Mundial), para poder atenuar las repercusiones de la crisis sobre su economía, lo que representaría una real amenaza para las finanzas públicas y un riesgo elevado de sobreendeudamiento.

Una vez presentado a grandes rasgos el escenario global de crisis al que se enfrentan los PED, es preciso subrayar que se trata de un grupo de países con realidades muy heterogéneas y, por lo tanto, no presentan las mismas debilidades ni poseen los mismos recursos para hacerle frente a la recesión. Por ejemplo, los países menos avanzados son mayormente castigados por las consecuencias de la crisis mundial. En el continente africano, la tasa de crecimiento anual cayó del 4,8% en 2008 al 1% en 2009. La dependencia de la mayoría de estos países hacia las exportaciones de algunos productos pocos elaborados los volvió particularmente vulnerables.

Además, la importante caída de los envíos de fondos de los trabajadores emigrados que marcó el año 2009 debería persistir si las condiciones del mercado laboral no mejoran en Estados Unidos y Europa, donde reside la mayoría de la diáspora africana (lo que, por otro lado, también es el caso de la diáspora latinoamericana y asiática). Ello impactó en los países pobres y de pequeñas dimensiones de los cuales partieron dichos emigrantes (estas transferencias de fondos constituyen hasta el 50% del ingreso nacional para algunos de dichos países) y de continuar la actual crisis (2011) la situación no va a revertirse.

Comparadas a las de los países menos avanzados, las economías denominadas usualmente emergentes –fuertes por sus excedentes comerciales y los capitales privados que atraen en gran cantidad– estuvieron mejor paradas para afrontar la recesión mundial en 2008-2009 y pereciera que así será con este nuevo escenario crítico. En efecto, la rápida adopción de enérgicos planes de recuperación fiscales y monetarios en la mayoría de los países del este de Asia y del Pacífico, permitió encausar el declive de sus economías. Provistas de importantes excedentes presupuestarios y de una deuda pública negativa, las políticas de recuperación no pusieron en peligro la viabilidad de las finanzas públicas y las autoridades pudieron permitirse sostener un nivel de gastos elevado. China, por ejemplo, pudo continuar en el camino de un crecimiento vigoroso. En el caso de América Latina, como resultado de la crisis financiera, el subcontinente fue afectado por el debilitamiento de las inversiones extranjeras directas, el encarecimiento del crédito y la contracción de los mercados de exportación. Sin embargo, gracias al poco endeudamiento de la región y a los ahorros realizados durante los períodos benévolos, Latinoamérica se mostró menos vulnerable en la crisis de 2008-09 que en situaciones anteriores y menos que otras regiones del mundo. La adopción de medidas contra-cíclicas, tales como los dispositivos de recuperación presupuestarias puestos en marcha en Perú, Brasil, México y Chile, atenuaron los efectos económicos y sociales de la crisis. Asimismo, la actividad en estos países pudo resistir ante la desaceleración sufrida por Estados Unidos y Europa, ya que, en su conjunto, poseen una capacidad de crecimiento autónoma (en particular, Brasil y Argentina).

Pero las consecuencias de la crisis de 2008 y su reedición actual pueden ser más desastrosas y potencialmente explosivas en el plano social. Tales consecuencias podrían revelarse particularmente graves en los países menos avanzados, donde la crisis financiera y económica podría conllevar una dimensión de catástrofe humana nada desdeñable. El FMI y el Banco Mundial estiman que, en el 2008, entre 55 y 90 millones de personas se sumaron a la categoría de población en extrema pobreza.

Como sus antecesoras, la actual recesión mundial afecta más duramente a los trabajadores, los agricultores y las personas más pobres por diversas razones. En primer lugar, la desaceleración económica provocada por la crisis financiera se traduce en un alza de la desocupación, situación que podría convertirse en un problema duradero en todos los países. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) indica que la desocupación afectaba a 210 millones de personas en el mundo a fines de 2009. Obviamente, el costo humano de la desocupación es todavía más elevado en los países emergentes y con bajos ingresos, donde los dispositivos de protección social son débiles o inexistentes. Esta ausencia de redes de seguridad social se traduce en un aumento sustancial del número de personas sin ingresos y de trabajadores vulnerables. Las mujeres y los jóvenes figuran entre las categorías más afectadas. Además, la economía llamada informal, que emplea más del 80% de los trabajadores, podría extenderse debido a los despidos masivos del sector supuestamente formal, con las consecuencias que ello acarrea sobre la calidad de los empleos y el nivel de las remuneraciones. En otro orden de cosas, notemos que las crisis de 2008 y 2011 subrayan, con mayor vigor que antes, la inadecuación conceptual de la división economía formal/informal al mostrar que las prácticas de gestión son idénticas en ambos casos, alineándose por igual según la violencia de la informalidad.

En segundo lugar, la recesión mundial acentúa las vulnerabilidades de los hogares agrícolas con ingresos bajos debido a la caída de los precios de las materias primas. Los problemas a los que se enfrentan numerosos agricultores y campesinos, conocidos desde largo tiempo, se agravan por la escasez mundial de crédito, el repliegue de los intercambios y las inversiones. Muchos hogares ya debilitados se enfrentan al riesgo de tener que vender los recursos que utilizan para sobrevivir (tales como el ganado o animales de corral). La malnutrición podría, entonces, aumentar escandalosamente en un mundo que paradójicamente dispone, desde los años 80, de suficiente tecnología para producir alimentos para todos los habitantes del planeta.

Por último, la brusca contracción del crédito y la baja del crecimiento han generado la reducción de los ingresos públicos. La disminución del volumen de la ayuda pública al desarrollo, ya perceptible en 2006, se ha amplificado como consecuencia de las numerosas presiones que pesan actualmente sobre los presupuestos gubernamentales de los países industrializados. Esta contracción de la ayuda pública a los programas internacionales de desarrollo tendrá efectos nefastos, directos e inmediatos sobre las poblaciones beneficiarias de los PED. Las dificultades de tesorería conllevarán asimismo una disminución en los gastos de infraestructura, necesarios para el mantenimiento del crecimiento.

Frente a este escenario, uno de los objetivos centrales de este libro es aprehender las representaciones que se construyeron en torno de la crisis de 2008 en los contextos nacionales de estos países periféricos y/o emergentes. Con la idea de que una perspectiva comparativa es necesaria para situar mejor las especificidades y las continuidades de los factores en juego, optamos por presentar una serie de análisis de configuraciones contrastantes: en Latinoamérica (Argentina, Bolivia, Colombia y Ecuador), en África (Mali y Senegal) y en Asia (China e India), hemos intentado captar el modo en que los actores locales significaron el contexto de crisis global, con la idea de echar luz sobre los aparatos ideológicos y simbólicos que esa situación liminal hizo emerger desde su propio seno. Desde esta perspectiva, más allá de la existencia o no de políticas públicas, la figura del Estado y su mediación imaginaria se revelaron esenciales, reforzando o neutralizando la eficiencia de las medidas tomadas, apoyando los sujetos o, al contrario, abandonándolos a su suerte y a sus quimeras individualizadoras y culpógenas.

El lector descubrirá diversas líneas de convergencia en los trabajos propuestos, los cuales, aunque cada uno a su manera, presentan un severo balance de lo que se denomina habitualmente como las reformas orientadas hacia una economía globalizada, en las que el factor financiero domina su orientación. Insistimos en la importancia que adquiere el consumo en la coyuntura de la crisis: por un lado, estados como el de China ven en la recuperación del consumo un amortiguador de la recesión económica, por el otro, el caso ecuatoriano muestra cómo el consumo se inscribe en tanto modalidad de la competencia entre clases, grupos sociales, actores individuales. La concentración de bienes y medios en las manos de algunos pocos aumenta la exclusión y la pauperización de los otros, pero sin que el estrecho círculo de *los elegidos* sea realmente estable. Por último, dispositivos como la microfinanza –como en Mali, supuestamente creados para paliar la pobreza y asegurar una redistribución solidaria– incrementan el afán por el consumo ostentoso. El gusto por el riesgo y la codicia de ganancias se instituyen como normas y su arraigo en las consciencias elimina las fronteras de la (i)legalidad. El orden cínico de la actividad laboral, dirigida por el líder de una pirámide financiera desplomada sobre clientes estafados, es tan elocuente como la certeza que tienen los jóvenes chinos de convertirse, en pocos años, en grandes “capitalistas”, luego de haber abandonado su trabajo.

El dinero, reconvertido en objetos de consumo, dilapidado –casi quemado podríamos decir metafóricamente en razón de la desestimación de las anteriores reglas de acumulación y rentabilización–, resulta drenado de

manera unidireccional por inversiones de consumo, polisémicas, las cuales son llamadas a dar forma a un ordenamiento social donde cada quien cree encontrar su lugar, y a subir los peldaños de una escalera que se revela, progresivamente, mal estructurada.

Subrayemos por último que, si el capitalismo globalizado –a través de la gestión de la explotación del trabajo y del consumo en particular– tendía a disolver o neutralizar la alteridad detrás o más allá de las espectaculares demagogias identitarias, la crisis de 2008 actuó de manera diferente: en cierto modo, ella puso al desnudo la alteridad de los sujetos, los cuales, sumidos en la inseguridad, redescubrieron referencias ocultas más o menos determinantes. Son también estas alteridades las que, idealizadas, resurgen ahora como una amenaza entre los que, en los países tradicionalmente industrializados, se creían asegurados por una perenne estabilidad económica. Estos sentimientos quiméricos son retomados por los Estados que creen encontrar así una forma de sostenerse en un mundo donde el encanto de una gobernanza global es el presagio del declinar de su poder.

Crisis global, crónicas locales 2008 y después

Valeria Hernández · Pascale Phélinas
Monique Selim (coordinadoras)

La crisis que en 2008 sacudió los cimientos de los países centrales se prolonga hasta nuestro presente sin que los organismos encargados de la “gobernanza mundial” (sean nacionales, internacionales o supranacionales) encuentren una receta para salir del atolladero. La idea de presentar un libro cuyo contenido focaliza en los modos específicos en que esa crisis fue vivida desde contextos y configuraciones periféricas se asienta en la voluntad de desplegar las determinaciones que la provocaron. Conocer y comprender aspectos poco evocados desde entonces por economistas, políticos y expertos en finanzas puede resultar iluminador para pensar otras vías de salida.

Con la idea de echar luz sobre los aparatos ideológicos y simbólicos que la crisis hizo emerger desde su propio seno, este libro adopta una perspectiva comparativa que permite situar las especificidades y las continuidades de los factores en juego. La obra presenta un conjunto de investigaciones realizadas en el marco del equipo “Desarrollo y sociedades” del Institut de recherche pour le développement y la Universidad París I, Francia. Se introduce una serie de análisis de configuraciones contrastantes (en Bolivia y en Argentina, en Ecuador y en Colombia, en Senegal y en Mali, en India y en China) y se analizan las diversas representaciones construidas en torno de la crisis en los contextos nacionales de países periféricos y/o emergentes, y el modo en que los actores locales significaron el contexto de crisis global. También se observan las políticas públicas, las figuras del Estado que en ellas se vehiculizan y las mediaciones imaginarias que así se revelaron.

El lector descubrirá diversas líneas de convergencia en los trabajos aquí reunidos y un severo balance de las reformas orientadas hacia una economía globalizada. Si el capitalismo globalizado —a través de la gestión de la explotación del trabajo y del consumo en particular— tendía a disolver o neutralizar la alteridad detrás (o más allá) de las espectaculares demagogias identitarias, la crisis de 2008 —por la que aún transitamos— pone al desnudo el carácter imaginario de esa homogeneización “por abajo”. Estos sentimientos quiméricos son retomados por los Estados que creen encontrar así una forma de sostenerse en un mundo donde el encanto de una gobernanza global es el presagio del declinar de su poder.

ISBN 978-987-691-011-8



9 789876 910118 >

Editorial Biblos / Investigaciones y ensayos

Librería García Cambeiro